

¿DEMOCRATIZACIÓN DE LA IGLESIA? *

por el Académico Presbítero DR. CARLOS CUCHETTI

Saber distinguir es señal de inteligencia.

Distingamos entonces, para aclarar conceptos sobre la Institución religiosa llamada Iglesia Católica, como así su adaptación a los distintos regímenes políticos de la historia.

Queda en claro que el vocabulario corriente de los sistemas políticos, necesita muchos y permanentes correctivos para no traicionar el contenido al que se propone aplicar.

La historia eclesiástica, para el que sabe leerla sin prejuicios ni escándalo, enseña, que si su estructura jurídica es jerárquica, las modalidades de su ejercicio varían en el curso de los siglos según las condiciones político-sociales de cada época.

No ocurre lo mismo con las cuestiones dogmáticas.

Un credo no se establece por mayoría de votos. Ningún voto puede decidir sobre la divinidad en la que se cree.

Hecha esta aclaración, la cuestión de la democratización en el gobierno de la Iglesia, queda planteada debidamente.

La historia muestra de qué manera ha evolucionado la jerarquía a lo largo de las edades.

Hay una ósmosis y un paralelismo indiscutible entre la manera de gobernar en el ámbito temporal, con el gobernar de la Iglesia en su misión espiritual.

Durante siglos tuvo un método de gobierno de tipo constantiniano y feudal. Pero luego con la caída de las mo-

* Conferencia pronunciada en el Rotary Club de Buenos Aires, el 18 de diciembre de 1985.

narquías absolutistas y el advenimiento de la democracia, el gobierno de la Iglesia se encontró en el terreno de las contingencias.

Es precisamente en esta zona donde radica su preocupación real. Lógicamente, en su espíritu y en sus métodos, no puede expresarse en términos que están en uso corriente en los regímenes que conocemos en el terreno civil.

Y si en la elección de un Pontífice se emplea el sufragio, no es para su simple elección, sino para una *adecuada selección* en la que radica la excelencia de la libertad.

El gran orador sagrado del siglo XIX Lacordaire exclamaba en la catedral de Notre Dame de París: *Democracia*: esa virgen pagana que hay que bautizar.

Puntualizando, podemos afirmar que es incorrecto catalogar al gobierno de la Iglesia bajo la etiqueta de monarquía, de república o de democracia. Ni siquiera de oligarquía en el sentido semántico del término, como el gobierno de pocos. La realidad es demasiado rica y demasiado compleja. Desborda los cuadros y las analogías humanas.

En su estructura jurídica puede descubrirse en ella, un elemento monárquico: el *Pontificado*. Un elemento oligárquico del gobierno de pocos: *los Obispos*. Y un elemento que podríamos llamar *democrático*, constituido por los sacerdotes y el pueblo creyente.

Entre todos estos elementos hay un principio fundamental de unidad que es la profesión de una misma fe; pero también un pluralismo de responsabilidades jerárquicas.

La mutua integración de estos tres elementos es esencial a la existencia de la Iglesia. No puede existir ningún exclusivismo: ni "papismo", ni episcopalismo, ni clericalismo.

Al Concilio Vaticano II se le debe el haberla insertado en la línea de la "democratización" por el relieve *acentuado en función del servicio del hombre* y la puesta en marcha de ciertos organismos curiales que favorecen los métodos democráticos de tipo federal más que unitario sin caer en una igualdad de estandarización.

En una época de crudo pragmatismo, es grande la tentación de concederle más importancia a la materia que al pensamiento y al espíritu.

Se le pide a la Iglesia de hoy soluciones materiales y sociológicas. La iglesia no puede *ni debe* olvidar que su

misión es descubrir las fuerzas nucleares del espíritu, para humanizar la justicia, el derecho y elevar la moral. Lo demás vendrá por añadidura.

Bien escribía el genio de Chesterton: "En el fondo de todo problema político o social, existe un problema de fondo sentido moral: la concepción espiritual del hombre". Cuando este sentido trascendente está falseado por una ideología, la Iglesia se esfuerza para adentrarse en la conciencia social de la vida y sus derechos.

Al totalitarismo de Estado, lo llamará "*resurrección pagana*". Y al marxismo: "Un régimen intrínsecamente perverso para la dignidad del hombre".

En uno de sus libros, Ernesto Helló hace preguntar a uno de sus personajes: ¿Qué es necesario antes que nada, para que el hombre no muera de hambre? Y el interrogado responde de inmediato: "Pan".

"No, responde el sabio, *antes necesita sol*". Y explica que sin sol no habría ni trigo, ni masa en el horno, ni pan sobre la mesa. Esta es la misión social de la Iglesia.

Permitidme resumir estas ideas, con la elección y proyección del actual Pontífice Juan Pablo II.

Su elección dentro del sufragio, fue de difícil *selección*. Resultó electo en la octava votación.

Imprevisto en su selección, planteó un interrogante imprevisible en su proyección. Juan Pablo II, con una concepción que se podría llamar "copérmica" de la Iglesia, abrió caminos de sol en la noche. Valientemente reivindica la sabiduría de Galileo, la fe de Lutero, y en la escala de los valores jerárquicos eclesiásticos, desafía al tradicional antisemitismo francés, nombrando cardenal Arzobispo de París, a un obispo católico de origen judío Juan María Lustiger.

Bien puede decirse de él lo que se decía de las manos de Leonardo da Vinci: manos finas y extraordinariamente vigorosas. Delicadas en sus diseños y a su vez capaces de doblar el hierro.